



Revista de Estudios Sociales

ISSN: 0123-885X

res@uniandes.edu.co

Universidad de Los Andes

Colombia

Amaya Gómez, Santiago
Con los ojos en Monserrate
Revista de Estudios Sociales, núm. 1, agosto, 1998
Universidad de Los Andes
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81511376012>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Con los ojos en Monserrate

por Santiago Amaya Gómez

Estudiante de Filosofía, Universidad de los Andes

La protesta que realizaron los estudiantes a finales del año pasado por el alza de las matrículas parece haber puesto nuevamente de moda en la Universidad de los Andes el tema de la participación estudiantil. A pesar de lo que dice la sabiduría popular, sin embargo, esta moda sí incomoda. El desinterés actual, presente en profesores y alumnos, por las frecuentes reuniones y su resistencia común a hacer parte de los infinitos comités que hoy intentan funcionar, son una prueba de ello. No hay que pensar, en todo caso, que la participación de estudiantes y profesores en los asuntos de la Universidad sea una necesidad traída de los cabellos. Los alcances y posibilidades que ella tiene son enormes. Pero junto con esto, vuelve la consabida y tratinada frase que dice que la Universidad de los Andes se halla de frente a Monserrate y de espaldas al país. Y a ella se le añade una aclaración: no sólo de espaldas al país sino de espaldas a sí misma. Se llega, pues, nuevamente al lugar común de la apatía uniandina. Pero, ¿qué se quiere decir con ello? ¿A qué se refieren los que tanto reniegan de la apatía de los estudiantes y profesores de los Andes? A nada concreto creo yo. El lugar común de la apatía les ha servido de consuelo y disculpa a quienes no se interesan por la mencionada participación. Pero mucho más a quienes se interesan por ella a medias. A quienes insistiendo en ella, aún con buenos deseos, no han conseguido más que multiplicar las reuniones largas y los comités inútiles. Es una disculpa y un consuelo cómodo para quienes han hecho, aún con buenas intenciones, de la participación de estudiantes y profesores una moda que incomoda.

El punto, entonces, es aclarar primeramente en qué pudiera consistir, si en algo consiste, la apatía de la que tanto se reniega. Con ello, tal vez, será posible además aclarar, al menos por encima, qué pudiera

significar la tal participación sobre la cual, mucho se ha dicho pero poco se ha aclarado. No tenemos idea en qué quieren participar profesores y estudiantes en la Universidad de los Andes.

La apatía suele pensarse junto con la indiferencia. Muchas veces, incluso, los usamos como sinónimos. Al apático y a la apática solemos pensarlos fundamentalmente como personas indiferentes a todos los asuntos ajenos a ellos. Lo importante, en este caso, se encuentra en pensar cuáles son los asuntos ajenos y propios a los posibles participantes de la Universidad de los Andes. Consiste en pensar qué es lo propio y lo ajeno para ellos. Esta tarea, imposible de realizar aquí y por mí, es la tarea primera para quienes en este momento tienen entre manos la dirección del proceso de participación en general.

Sin embargo, en aras de lo que aquí me propongo decir, bien podemos eludir la reflexión a pesar de los peligros que ello implica. Podemos simplemente decir que los asuntos ajenos a los posibles participantes, apáticos en todo caso, son aquellos que se salen de su particular y propio proyecto de vida y que entre ellos se encuentra naturalmente la Universidad. Así pues, no solemos ver en la Universidad más que un sitio en el que se paga por estudiar o se recibe plata por enseñar. Un buen sitio, eso sí, pero un sitio que bien podría ser reemplazado con alguna facilidad en caso de que apareciera otro mejor o en caso de que las cosas aquí se pusieran peores. Nuestra relación con la Universidad es, en ese sentido, meramente instrumental. Y lo que es instrumental no es mayormente decisivo para la realización personal. En efecto, lo que se define instrumentalmente, es decir, como medio para un fin, puede reemplazarse fácilmente con otro que mejor cumpla las funciones que de él se esperan, pues su valor no radical precisamente en sí mismo sino en el fin que con él se pretende alcanzar. No sucede así, por el contrario, con nuestras relaciones sentimentales, por ejemplo. En ellas no sólo establecemos los mejores medios para otorgara nuestra vida un

fin digno sino, más aun, definimos en ellas lo que para nosotros es un fin digno. En esa medida, son indispensables para nuestra realización personal.

Pero en esa misma medida, la Universidad no lo es. Entramos en ella con un ideal de vida ya definido y esperamos salir de ella armados de los medios necesarios para llevarlo a cabo. E igual, si es durante nuestra vida universitaria que definimos ese ideal, la decisión suele estar tomada incluso por fuera de la Universidad. Por eso somos apáticos frente a lo que aquí sucede, por eso la indiferencia. Nos tiene sin cuidado la Universidad a menos de que lo que suceda en ella interfiera negativamente con el proyecto de vida que cada uno de nosotros ya se ha propuesto. Precisamente fue esta interferencia negativa lo que dio origen a la protesta de finales del año pasado. Muchos de los estudiantes no podían pagar las matrículas. Su elevado costo interfería negativamente con su proyecto de vida profesional.

Ahora bien, son dos las causas que suelen atribuirse a esta apatía patológica de los estudiantes y profesores de la Universidad. Por un lado, se dice, la apatía de los Andes tiene mucho que ver con una comodidad vana que estamos dispuestos a defender a toda costa. Es la búsqueda y la protección de nuestra comodidad, de nuestra pequeña vida sin sobresaltos lo que nos lleva a encerrarnos en nuestros estrechos espacios, nuestros espacios privados, de los que podemos tener un control más o menos exhaustivo. Podemos dominar en ellos y asegurarnos allí la comodidad que da lo ya conocido, lo ya dominado.

De otro lado, se añade, la apatía de los Andes guarda una estrechísima relación con un marcado interés egoísta que se ha apoderado de todos nosotros, de la sociedad en general. No hablo aquí simplemente de ese interés mezquino que solemos llamar egoísmo y que oponemos frecuentemente a los intereses caritativos. No hablo, en otras palabras, de ese sentimiento que hace de hombres y mujeres,

vivarachos que sólo buscan aprovecharse de los demás, encontrar en ellos su propio provecho. Es esta una idea bastante estrecha del egoísmo. Hablo más bien, de una forma definida de asumir lo que se tiene alrededor, una forma que ordena y valora los hechos de la vida tozudamente a partir de una sola medida: los propios deseos y elecciones. Hablo pues, de una forma de vida que adquiere su valor pleno en su sola afirmación. En ese sentido, el egoísta suele **decir**: eso está bien porque es lo que yo quiero. Delibera, medita las cosas, calcula y es prudente. Sabe que sólo con ello, con su propia reflexión, puede asegurarse el estar propio que persigue. Su distintivo está, pues, en que su reflexión se lleva a cabo desvinculándose lo más posible de los otros. o acude a ellos a buscar consejo ni aprobación. Y entre más propios y menos compartidos sean sus deseos, más originales por así decirlo, más se empeña en ellos.

De este modo pues, buscando las causas de la apatía que nos aqueja solemos movernos entre la comodidad y el egoísmo. Con lo primero señalamos el fenómeno negativo del ser humano que no se quiere dejar afectar por nada. Con lo segundo, el fenómeno positivo del que pretende afectarlo todo pero sin meterse con nada. Ambos parecen dar cabal cuenta de la indiferencia que inicialmente nos servía para caracterizar nuestra apatía patológica.

Sin embargo, creo yo, ambas explicaciones se quedan cortas a la hora de dar cuenta de lo que tanto nos preocupa. Y no porque ambas sean incompletas y dejen cabos sueltos. Toda explicación es necesariamente incompleta e inacabada. Pretender lo contrario es ingenuidad o dogmatismo. El punto es que ambas explicaciones nos dejan frente a un panorama

bastante oscura y desoladora. Nos dejan con una caracterización bastante negativa de lo que actualmente somos y por eso fallan. Ciertamente, no pretendo decir con esto que los alcances de toda explicación han de medirse con la regla de oro del optimismo. El optimista yerra tanto como el pesimista. Lo que pretendo decir es, más bien, que ambas explicaciones nos condenan directamente a un estado de completa inacción. O bien, porque creemos que la comodidad y el egoísmo son dos formas de vida en absoluto desentrañadas de nuestro comportamiento. O bien, porque desentrañarlas supone cambiar por completo nuestras formas de vida y un cambio semejante exige mucho más de lo que nuestros esfuerzos pueden alcanzar. En efecto, ambas explicaciones exceden sus alcances y pretenden caracterizar con ello la totalidad de nuestra relación con los asuntos públicos. La verdad es que son sólo explicaciones de una porción de esa totalidad. Una porción bastante reducida, diría yo.

Ambas fallan a la hora de explicar cómo determinamos lo que es para nosotros una vida digna, una vida realizada. Y con ello, queda todavía en suspenso la posibilidad de comprender nuestra relación fundamentalmente instrumental con la Universidad. Pues sino tenemos claridad sobre cómo determinamos nuestros fines, nuestra consideración sobre los medios no tiene todavía un lugar propio. Y sin él, lo que digamos sobre la apatía se queda en el aire. Ya hemos visto como el apático y la apática ven en la Universidad un simple medio para alcanzar un ideal de vida ya definido.

II. En su *Ética de la autenticidad* Charles Taylor se propone analizar lo

que él cree son los tres grandes malestares de las sociedades modernas. Son ellos, el individualismo exagerado, la primacía de la razón instrumental y la falta de libertad que genera la ausencia de interés que los ciudadanos muestran con respecto a sus instituciones políticas. El análisis no podría ser más pertinente para nosotros. Da buena cuenta de lo que aquí, parcialmente, he intentado reconstruir. Pero, tal vez, valga la pena mejor centrarse en la tesis fundamental de Taylor y quedarnos simplemente con lo dicho hasta ahora.

Para Taylor pues, estas tres formas de malestar tienen su origen en el ideal moderno de la autenticidad. Ellas se desarrollan, si mal no lo entiendo, a partir del ideal articulado en el siglo XVIII según el cual cada individuo debe hacerse una vida según su propia y original manera de ser. Lo que para nosotros es una vida digna está, en este sentido, definido por la idea de autorrealización. Cada individuo debe conocerse a sí mismo, construirse a sí mismo y determinar según eso lo que para él es una vida digna. En este sentido, el ideal de la autenticidad tiene una dimensión moral de primera importancia. Pues, por un lado, exige en el individuo una confianza enorme en sí mismo, una confianza que hace posible que determine la totalidad de su vida según sus personales deseos y motivaciones. Y, por otro lado, exige como norma moral el respeto mutuo entre los seres humanos a pesar de los diferentes proyectos de vida que cada uno, individualmente, se forma.

Ahora bien, con el desarrollo del ideal de la autenticidad se introducen simultáneamente diversos cambios en la sociedad moderna. Entre ellos, piensa Taylor, hay uno de especial importancia. El orden social definido por las antiguas jerarquías, dice él, se derrumba. Y con ello el concepto de honor, tan fundamental para la sociedad medieval, pierde toda su legitimidad. A cambio de él, surge una sociedad moderna de la idea de dignidad humana compartida por todos los hombres. El cambio pues, busca romper con las desigualdades tradicionalmente aceptadas y proponer, por contraposición, una igualdad originalmente garantizada.

Pero más aún, otorga a cada uno de los individuos la responsabilidad de decidir por ellos mismos su lugar en la sociedad y de desvincularse lo más posible del antiguo orden que, jerárquicamente, disponía a los individuos en un orden social ya determinado; desigualmente determinado.

Es en este sentido que la formación de la propia identidad, clave para la formulación del ideal de la autenticidad, no depende de un orden social previo sino de cada uno de los individuos. Cada uno de ellos debe hacerse un lugar en la sociedad, debe hacerse reconocer en la sociedad moderna tal como él quiere ser reconocido. No con ello, dice Taylor, el individuo pierde su dependencia frente a la sociedad. Pensar eso sería imposibilitar toda comprensión. Lo que sucede es, más bien, que esta dependencia es ahora vista como problema. No es posible ya en la sociedad moderna, insistentemente anónima, garantizarse de entrada un reconocimiento. Por el contrario, el individuo, dice Taylor, "ha de ganárselo por medio del intercambio, y puede fracasar en el empeño"¹.

Así pues, para el ideal moderno de la autenticidad el reconocimiento juega un papel de primera importancia. Del ser reconocido por otros, por la sociedad en general, depende enormemente la formación de la personalidad individual su fragilidad o fortaleza se juega también en ello. Su valor no depende exclusivamente de su propia afirmación. En este sentido, el reconocimiento se vuelve en la sociedad moderna un conflicto que determina la propia identidad. En la tensión entre lo propio y lo ajeno llegamos a ser lo que somos. La originalidad y la autodeterminación que exige hacerse de un proyecto de vida personal no son, en esa medida, el resultado de la pura introspección. No es la pura indiferencia lo que las hace posibles. Se requiere de una vida pública activa que las garantice. Y en ello nos jugamos lo que nosotros mismos somos. "Mi propia identidad", concluye así Taylor, "depende de modo crucial de mi relación dialógica con otros"(Taylor, pág 81).

Sin embargo, piensa Taylor, a pesar de ser tan entrañable al ideal de la autenticidad la necesidad del reconocimiento, los cambios que ha sufrido la sociedad moderna han hecho que ella experimente un deslizamiento hacia el subjetivismo. En la sociedad moderna se ha enraizado una fuerte tendencia hacia el yo que ha hecho que sus individuos olviden la necesidad de relacionarse dialógicamente con los otros. Hemos degradado, al decir de Taylor, el ideal de la autenticidad al egocentrismo y a la autoindulgencia. O lo que es lo mismo, para ponerlo en términos de nuestra discusión, al egoísmo y a la comodidad. Y con ello, añade, nuestras relaciones se han vuelto mayormente instrumentales, empujándonos sin damos cuenta a un atomismo social (Taylor, pág 92).

Las tres formas de malestar de nuestra cultura son, de este modo, el resultado de una degradación del ideal de la autenticidad. No por ello podemos condenarlo y descartarlo de por sí. La verdad es que muchas de las actuales prácticas de las sociedades modernas son sólo posibles a la luz de este ideal. Prácticas a partir de las cuales estas sociedades se definen a sí mismas. Prácticas que definen su concepción real de lo que es la justicia y el orden social. La fuerza moral del ideal de la autenticidad es, en este sentido, enorme. Oponerse a él sería, pues, descabellado, infructuoso. Mucho más cuando las sociedades modernas encuentran todavía buenas razones para justificarlo. Tampoco se trata de defenderlo irreflexivamente. Las cosas no van tan bien como para darse ese lujo. La tesis central de Taylor, en este sentido, es que la sociedad moderna debe repensar la fuerza moral de este ideal, todavía vigente, para dar a sus prácticas un nuevo sentido (Taylor, pág 146).

III. En la defensa que Taylor hace del ideal de la autenticidad, creo yo, no debe hallarse un simple deseo conservadurista. Defender un ideal ya degradado suele ser el rasgo común de todo conservador. Pero éste no es el caso aquí. Ya hemos visto cómo Taylor no propone recuperar el ideal, a la manera en que se recuperan los

viejos valores perdidos. Propone repensarlo a la luz de nuestras actuales circunstancias. La legitimidad de este ejercicio está dada precisamente por el estrecho vínculo que parece existir entre las tres formas de malestar de la cultura moderna y un ideal que, seguramente, las hizo posibles. El ideal de la autenticidad, hoy degradado, parece definir el espacio de aparición de estos tres malestares. Define su espacio, pero no los implica necesariamente. Repensar el ideal, en ese sentido, puede ser una terapia en contra de los malestares.

Y con esto, podemos volver al malestar que primariamente nos ocupaba, el de la apatía uniandina. En efecto, en él parecían estar presentes los tres malestares de la: sociedades contemporáneas que Taylor intentaba comprender. La apatía la entendíamos como indiferencia con respecto a los asuntos ajenos. He ahí e individualismo exagerado que preocupad a Taylor. También decíamos que el apático y la apática tenían con la Universidad un relación meramente instrumental. He ahí primacía de la razón instrumental. Fina mente, nos ocupábamos de todo es asunto de la apatía ante la evidencia de poca fuerza y efectividad que en Universidad tiene la participación estudiantes y profesores. He ahí la profunda crisis de las instituciones políticas que denunciaba Taylor. No parece pues, que hayamos hecho un recorrido en balde.

Sin embargo, la cosa no está asegurada. No podemos estar seguros todavía de que el ideal moderno de la autenticidad que Taylor analiza, sirva a cabalidad para explicar el problema de la participación la Universidad. Es un vínculo muy distar cuyos puentes todavía estamos lejos establecer. No sabemos todavía, por ejemplo como se sitúa nuestro país frente a los procesos de Modernidad que Taylor describe para las sociedades europeas: norteamericanas. Recientes estudios de a nuestro país, en este aspecto, muy parado. Tampoco sabemos cuál es el lugar que la Universidad tiene en ello. En este sentido, la segunda tarea que deben enfrentar aquellos que

tienen entre manos nuestro proceso de participación es la de sentarse a escribir detenida y agudamente la historia de la Universidad y su importancia en los procesos culturales de nuestro país.

A pesar de ello, creo que el análisis de Taylor puede ser una buena guía para nuestros propósitos. Al menos, provisionalmente. La razón es que la Universidad desde sus comienzos, instigada tal vez por su contacto con universidades europeas y norteamericanas, ha intentado desarrollar un modelo de educación que pretende estar al mismo nivel del modelo de las sociedades modernas. No en vano la certificación de la SACS, proceso aun no terminado, tiene a nuestras directivas tan en vilo. En efecto, basta echar una mirada a nuestro reglamento para encontrar en él varios de los aspectos que Taylor señalaba como propios del ideal de la autenticidad. Así por ejemplo, dice en el proemio: "Como institución no confesional y libre de toda tendencia partidista, la Universidad de los Andes no exige, ni de sus estudiantes, ni de sus profesores, ni de ninguno de sus colaboradores, declaración alguna de ortodoxia religiosa o política"². A renglón seguido se añade que son la tolerancia y el mutuo respeto sus valores fundamentales. Y, por si fuera poco, al final de toda esta declaración explica que el reglamento no pretende "imponer a los estudiantes formas de conducta ajenas a su propio interés"³.

En este sentido, al menos en su reglamento, la Universidad intenta ser moderna. Y con ello, si hacemos caso de Taylor, la Universidad define sus propósitos a la luz del ideal de la autenticidad. En ello parece hallarse precisamente la justificación de su labor educativa. En ello también parece hallar su justificación la posibilidad que tienen los estudiantes de los Andes de elegir, con más o menos libertad, sus materias.

Otro poco sucede con las cotidianas prácticas de los estudiantes y de los profesores. Su forma de pensar, decidir y desear, me parece, se halla bastante determinada por el ideal de la autenticidad. Al comenzar este artículo mencioné la necesidad que la Universidad tenía de o conocerse a sí misma, de conocer

que era lo propio y lo ajeno para profesores y estudiantes uniandinos. Dije también que la ausencia de ello nos lanza a terrenos de constantes peligros. Sigo pensando lo mismo. Pero la verdad es que muchas de nuestras actuales prácticas, las más decisivas para nuestra vida, parecen ser posibles sólo a partir de formas de vida determinadas por el ideal de la autenticidad. Ninguno de nosotros, profesores y estudiantes de la Universidad, podría negar que una vida elegida por uno mismo es más deseable que una vida que otro ha elegido por nosotros. Ninguno quiere renunciar a la posibilidad de que otros lo reconozcan tal como él mismo quiere ser reconocido. Incluso, quien se aleja, despreciando la opinión que los demás tienen sobre sí, no busca otra cosa que causar en ellos una cierta imagen: una imagen de fortaleza. No podemos pues, descartar de entrada el ideal de la autenticidad ni la propuesta de Taylor para entender nuestro problema de participación. No podemos tampoco, por todas las razones mencionadas, defenderlo con ceguera.

IV. No he pretendido con el análisis de Taylor encontrar una vía definitiva para hallar soluciones y explicaciones al problema de la apatía y de la participación en la Universidad de los Andes. Eso debe estar claro en este momento. Lo que he intentado con él es mostrar la profundidad de un problema cuya solución, a simple vista, parecía trivial. La conformación de múltiples comités y la improvisación de largas reuniones se mostraron ya como soluciones torpes y poco efectivas. Para eso no era necesario escribir este artículo. Basta ser parte de un comité o asistir a una de esas reuniones para darse cuenta de ello.

Pero lo que sí ha mostrado este largo recorrido es el hecho innegable de que la solución al problema de la participación y de la apatía exige una profunda reflexión sobre la Universidad misma. Más aun, ha puesto en evidencia el hecho de que la Universidad no tiene ni idea quién es ella. No sabe quién ha sido ni quién es en este momento. Nos hemos refugiado tranquilamente en una vaga idea de lo que es la apatía y

de lo que debe ser la participación de estudiantes y profesores. Nos ha bastado decir que simplemente somos cómodos y egoístas y que por eso no han funcionado los comités y las reuniones. El recorrido hecho hasta ahora nos muestra la insuficiencia de nuestras vagas ideas y conclusiones. Nos sugiere que, detrás de nuestras actitudes, sean cómodas o egoístas, se encuentran ideales y proyectos de vida que es preciso tomar en serio. Ideales y proyectos con una fuerza moral enorme y cuyo des-conocimiento nos cierran por completo la posibilidad de comprender lo que aquí, con la participación, se ha puesto en juego.

De otro lado, si la relevancia del análisis de Taylor para nuestra situación resulta ser cierta, como probablemente lo es, creo que esta ausencia de reflexión tiene para nosotros efectos devastadores. No hemos sido capaces de pensar profundamente quiénes somos y eso nos ha puesto frente a una peligrosa contradicción. Vivimos según un ideal que no comprendemos, un ideal que exige el conocimiento de nosotros mismos. El mérito de Taylor, creo yo, en este sentido, consiste en haber puesto la realización individual teniendo que ver con asuntos que van más allá del yo. Nuestro desconocimiento de nosotros mismos nos ha impedido de entrada ver todo lo que significa esta relación. Nos han impedido ver todo lo que significa, en esa medida, una verdadera participación universitaria. No hemos sido capaces de saber cuál es el papel que debe jugar la Universidad en los proyectos de vida y en las identidades propias de cada uno de sus miembros. Por esa razón, nos basta decir que no somos confesionales ni partidistas, como dice el reglamento. Porque no hemos atendido a darnos cuenta de que la neutralidad religiosa y política nos compromete de una manera insospechada. Darnos cuenta de esto, pensar decididamente cuál es el papel de la Universidad en la formación de las identidades y proyectos de vida de estudiantes y profesores: he ahí las claves para comprender en qué pudiera consistir un verdadero proceso de

participación. He ahí una tercera tarea para quienes tienen entre manos este asunto.

Es así cómo, a luz de lo dicho, el proceso de participación en la Universidad exige una reflexión profunda. Una reflexión que, por así decirlo, nos hemos pasado por la galleta. Por todo eso, el proceso de participación de estudiantes y profesores se ha quedado en meras reuniones y comités: medidas improvisadas. No ha avanzado mucho desde la ya citada protesta. Y por eso se ha vuelto incómodo. Se ha vuelto una moda que incomoda.

BIBLIOGRAFIA

¹ Charles Taylor *La ética de la autenticidad*, Madrid, Paídos, 1994, Pág. 82.

² Universidad de los Andes, *Reglamento*, Pág. 3.

³ *Ibid.*, Pág. 5.